Siguiendo una costumbre que data de muchos años atrás, la Consiliatura se permite recomendar a Su Excelencia, por el autorizado conducto de V. S., para la colegiatura mencionada, al señor don Jorge Rubio Marroquín, quien obtuvo el año pasado, el segundo premio entre los convictores y mereció la más alta calificación en todos sus exámenes.

Dios guarde al señor Ministro.

R. M. CARRASQUILLA

LAS POESIAS DE POMBO

Las letras patrias están de enhorabuena porque han empezado a publicarse en un primer volumen las poesías de uno de los más altos vates colombianos (1). Precédelas un prólogo crítico, digno de Pombo y escrito por la pluma tan docta como elegante de don Antonio Gómez Restrepo. Insertamos los primeros apartes que dan idea del origen y del contenido de la obra:

«El Congreso Nacional, en sus sesiones de 1912, dictó una ley para honrar la memoria de Rafael Pombo, muerto el 5 de mayo de ese mismo año, y en ella dispuso que las obras literarias del poeta se imprimieran por cuenta de la Nación, previo el consentimiento de los herederos y bajo la dirección de la Academia colombiana.

Habiéndome tocado ser albacea de la mortuoria de Pombo, por honrosa designación testamentaria de éste, pocas horas antes de su fallecimiento, me creí en la

(1) República de Colombia—Poesías—de—Rafael Pombo—Tomo I.—Edición oficial hecha bajo la dirección—de don Antonio Gómez Restrepo—Bogotá—Imprenta Nacional—1916—(Páginas XXXIX más 379 en 4.° menor).

obligación, no sólo de manejar los intereses dejados por el poeta, sino de poner en salvo su descuidado tesoro literario, mucho más valioso, por ser alto timbre de gloria para la Patria.

Nunca se resolvió Pombo a publicar sus poesías, aun cuando más de una vez permitió que se anunciase una edición completa de ellas, accediendo a solicitudes de sus numerosos admiradores. Ni siquiera quiso aprovechar los últimos años de su vida, que pasó voluntariamente recluído en la cama, en el pleno uso de sus facultades, para reunir, poner en limpio y ordenar su vasta producción poética, esparcida en revistas y periódicos del país y del extranjero, y consignada a veces en menudos pedazos de papel, donde cuesta paciencia y no poco esfuerzo descifrar renglones de letra microscópica, trazados con lápiz y llenos de enmendaturas.

A penas sacado el cadáver del poeta, se sellaron sus habitaciones, y cuando el juez las abrió para proceder a los inventarios, y fue posible penetrar en aquel recinto, cerrado al aire y al sol durante tántos años y obstruído por enorme cantidad de libros, muebles y cuadros antiguos, procuré reunir todos los papeles en que aparecía la letra del poeta, sin desdeñar ni aun los de más mezquina apariencia. Esa gran masa de manuscritos fue puesta en limpio; y terminada esta difícil tarea, confronté cuidadosamente la copia con los originales. No estaban allí todas las poesías de Pombo; y aun es de notarse que el poeta no conservaba algunos de sus más célebres cantos, o tenía copias incompletas o redacciones por él mismo desechadas. Fue preciso acudir a diersas antologías y a numerosas revistas y hojas periódicas en donde colaboró Pombo, para completar en lo posible la colección que hoy presento al público con autorización de la familia y por encargo de la Academia.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Hay que lamentar el extravío, que parece definitivo, de una de las más bellas composiciones que guarda inéditas Pombo: la elegía inconclusa, titulada *El lago helado*, que escribió en los Estados Unidos, en la grande época de su inspiración lírica, que mostró aquí a varios amigos, y guardaba con cariñosa solicitud. No es posible saber si el original único fue sustraído por mano infiel o se perdió en los momentos que siguieron a la muerte del poeta. Como él solía tener libros y papeles dentro de su lecho, no sería imposible que su elegía predilecta, escondida en las sábanas mortuorias, hubiera ido a acompañarlo en su sueño eterno. *El lago helado* representaba en la obra de Pombo lo que *El lago* en la de Lamartine, o *La tristeza de Olimpio* en la de Víctor Hugo; y su pérdida priva de una joya purísima la corona poética del autor (1).

La presente colección constará de cuatro volúmenes: dos de poesías líricas; uno de traducciones poéticas, y uno de cuentos para niños, fábulas y verdades. Aun así no se publicarán todos los versos que dejó Pombo, sino lo más selecto que ha quedado de cada uno de

(1) En un borrador donde Pombo anotó algunas muestras de las varias clases de versos que había usado, encontré la siguiente nota:

«*El lago helado:* estudio fantástico de invierno; helada; noche de luna:

Era un lago como esos que hacen las nubes,
con sus bordes de plata, con sus querubes;
con su vaivén;
lago de media noche, blanco y profundo;
como entre cielo y tierra, como en el mundo,
y fuéra dél;
Era una canastilla de desposada,
Toda encajes y perlas, toda escarchada,
como a cincel.»

¡Esto es cuanto sobrevive de tan patética y arrulladora poesía!

los períodos de su vida literaria. No todas las composiciones recogidas son obras maestras; ni esto es posible tratándose de un poeta fecundo, pródigo de su numen; pero el conjunto que ellas forman da del genio de Pombo una idea mucho más completa que la que resultaría de una selección de sus poesías más célebres. Hay artistas pacientes y reflexivos, que concentran lo mejor y más exquisito de su genio en unas pocas obras perfectas; otros más atrevidos y espontáneos, más pronto a responder a toda excitación exterior, a dar forma ideal a toda emoción, desparraman su numen en muy variadas producciones, no todas igualmente acabadas, pero sí reveladoras de una potente genialidad. Para no establecer comparaciones sino dentro de nuestro parnaso, es evidente que Pombo no es un cincelador de la forma de tan peregrino refinamiento como Fallón; pero en cambio, tiene más cuerdas en su lira, y es un poeta más rico, más variado, más completo. Buscó la grandeza del conjunto, más que la perfección en los pormenores. Al lado de un diamante de aguas purísimas dejó caer más de una vez piedras opacas de imperfecto tallado. Fue original como pocos; pero en ocasiones, exótico.»

Como muestra de las composiciones, menos conocidas del público, ponemos en seguida la bellísima titulada:

EL VALLE

(En Nueva Granada; fragmento de una leyenda)

Déja tu lira, poeta;
Déja, pintor, tu paleta,
Y tu cincel, escultor;
Naturaleza es mejor
Que el signo que la interpreta.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Con lengua, pluma o pincel
Que copiarla intente el hombre,
La copia es siempre infiel,
Pues no tiene de ella él
Sino la sombra y el nombre.

Ella mata nuestro acento
Con su voz de tempestad,
Música del firmamento,
E impone así acatamiento
A su pompa y majestad.

Y a nuestros humos de mando
Está siempre contestando
Que ante ella somos, no más,
Sombras que vamos pasando
Para no volver jamás.

Pero hay ojos y la vemos,
Hay oídos y la oímos;
Cinco sentidos tenemos
Con que gozarla podemos
El momento que vivimos.

Y ella nos da corazón,
Su obra más perfecta y bella,
Por cuya fiel mediación
Misteriosa comunión
Alimentamos con ella.

Y ella y nosotros guardamos
Un secreto de los dos
Que uno a otro nos confiamos:
¡Dios! tal vez la murmuramos,
Y ella nos responde ¡Dios!

Déja tu lira, poeta,
Déja, pintor, tu paleta,
Y tu cincel, escultor;

Naturaleza es mejor
Que el signo que la interpreta.

La palabra es sólo el tema
De una sensación sin nombre.
Natura es el gran poema,
Y su autor no es la blasfema
Raquítica voz del hombre.

. . . . . .

De ese caucho al curvo pie,
Como en fresco canapé
Donde tu espalda se apoye,
Pues tiene oídos, óye,
Y pos tiene ojos, ve.

A tu izquierda se hunde el sol
Allá en el fondo del valle,
Y su radiado arrebol
Baña en vivo tornasol
De lomas la verde calle.

Ultimo rayo tardío,
Como escapado a un desvío
Del astro desfalleciente,
Zigzag dorado esplendente
Juega en las aguas del río.

A tu diestra el horizonte
Un monte tras otro monte
Cerrando entre sombras van,
Hasta que otra vez galán
Por allí el sol se remonta;

Y salvando ambos costados
Del torrente bramador,
Tus ojos ven reposados
Campanario blanqueador,
Patriarca de los poblados.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Alza en torno el feligrés
Los techos de los hogares,
Que con lujo montañés
Resplandecen al través
De naranjos y palmares.

A tánta distancia al vellos
Rumor de felicidad,
Parece escucharse en ellos,
Y cantos de ángeles bellos,
De amor y hospitalidad.

Siguiendo aquel camellón
De mirto y jazmín silvestre,
Distínguese en un rincón
La puerta sin inscripción
Del cementerio campestre;

Su vista el alma serena
De los hijos del dolor:
Allí la muerte es apena
El sueño del labrador
Que ha rendido su faena.

Ni el estilo ni el cincel
Su fosa humilde decoran;
Pero en vez de luto infiel
Hay labios que oran por él,
Corazones que lo lloran.

Mira el cielo ecuatorial,
Magnífico, esplendoroso,
Manto de pompa oriental
Que cobija por igual
Al pobre y al poderoso.

Bajo ese cielo jamás
El ateísmo ha existido;
Aquí el mismo Satanás

Bendeciría quizás
A Dios que lo ha maldecido.

En este edén no vedado
Siempre es Adán el amado,
Siempre es Eva la mujer;
Aquí su trono han sentado
La plenitud y el placer.

¡Míra esa vegetación
Siempre nueva, exuberante,
Donde aspira el corazón
El soplo vivificante
Que animó la creación!

Viértela el sol cada día
Sus rayos generadores,
Y ella en retorno le envía
Ofrenda constante y pía
De perfumes y de flores.

¡Cuánto diera el gran señor
Del más pomposo castillo
Por un árbol, el peor,
De esos que tumba un pastor
Para probar su cuchillo!

Y al hacer su parque un rey
Qué diera por una calle
De esas de *Mayo* y *Copei*
Por donde baja la grey
Al verde fondo del valle.

El plátano y el anón
Brindan aquí al peregrino
Sombra para su camino,
Pan para su inanición,
Para su sed fresco vino.

Universidad del Rosario Archivo Histórico

¡Zona de Dios bendecida!
Por sí sola en ti la vida
Es un deleite sin fin;
Naturaleza un festín
Al que todo nos convida.

Aquí el hielo, el gran tirano,
No hace más que abrillantar
El horizonte lejano,
Y desde esa cumbre enviar
Fresco raudal, limpio y sano,

Poeta, inúnda tu seno,
Impregna todo tu sér
De este aire leve y sereno
Que vaga empapado, lleno,
De olor a vida y placer.

Vilandas y venturosas
Aroma en su aliento exhalan,
Y allá en selvas misteriosas,
Harem de silvestres rosas,
Lo besan y lo regalan.

Oye el zumbido del río,
Del valle eterno cantor;
Ya no lo turba el chirrío
Que hace cimbrando el bujío,
El trapiche volteador.

Mas desde el caracolí
El rojo *titiribí*
Le une su amante trinado,
Y su grito el *aydemí*
Siempre triste y desolado.

Y en cuanto se oye y se siente
Y el ojo en torno espacía,
Hay una voz reverente
De un espíritu viviente
De universal armonía.

Como que todo nos llama
Diciéndonos no sé qué,
Y así cual nosotros ama,
Y suspira, y rie, y clama,
Y goza, y bendice, y cree.

Que al fin, hombre, y ave y flor,
Todo cuanto el mundo encierra,
Ha costado igual labor;
Obras del mismo escultor,
Frutos de la misma tierra.

Y a Dios rinde como sabe
Cada cual su adoración:
La flor con su olor suave,
Con su dulce canto el ave,
El hombre con su oración....
.....

¡La oración!.... ¡La campana del poblado
Esta hora solemne al mundo advierte;
Hombre, bendice al Sér que te ha criado:
Ese toque es anuncio de tu muerte.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico